

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA
ACTUAL

Stuard Davis ha sido un notable pintor norteamericano. En cierto modo fue un precursor del llamado Arte Popular. Pero esa tendencia no le impidió ensayar atrevidas piruetas de inspiración abstracta. Su arte combinó elementos dispares. Pintaba los objetos caseros, de uso cotidiano, y se perdía en los problemáticos intentos de aprisionar las esencias.

De ahí su producción abstracta, sus brochazos luminosos que le valieron éxitos resonantes. El Museo de Arte Moderno de Nueva York tiene ocho telas de este artista.

Recibió el Premio Guggenheim de 1958 y 1960.

Ha fallecido tan insigne artista. De sus obras se hacen reproducciones, que serán exhibidas en exposiciones ambulantes. Stuart Davis, como entretenimiento, pintaba rótulos, números, cartelones y frases de propaganda comercial. Algunas de esas frases tuvieron éxito internacional, porque encierran un sentido irónico de raigambre casi científica.

Pintó innumerables veces su famoso "batidor de huevos", llegando a estilizar sus rasgos de tal modo que irrumpió en los dominios del abstraccionismo más puro. Su técnica es una lección artística. En efecto, la realidad es la base de todas las lucubraciones pictóricas. Cuando el artista de talento capta la esencia de los objetos puede balancearse en los ramajes, no siempre resistentes, de la pintura abstracta.

Dicen los críticos norteamericanos que este creador se deleitaba con la imagen dinámica de su pueblo. Muchas veces se inspiró en los brillantes colores de las estaciones de gasolina, en los taxis y avisos luminosos. También captó en sus lienzos la silueta de los intérpretes de jazz. Pero sobre todo fue un hombre cauto. Sabía que las modas pasan. El valor consiste en realizar una obra de perfiles clásicos, duradera, teniendo como centro al hombre con su figura y con sus problemas.

El arte abstracto sigue su carrera. Obras existen que resumen valores excepcionales. Otras, por el contrario, no pasan de ser vuelos fallidos, signos de un arte fácil, sin responsabilidad estética.

¿Qué hay detrás de las efusiones abstractas? Será necesario que aparezca el creador genial. Sólo entonces tendremos una explicación aproximada.

Entre tanto, los lienzos de Stuart Davis son una lección interesante, porque en ellos se vislumbra una especie de camino para llegar a las esencias, desde los impactos de la realidad cotidiana.

Por ventura, muchos artistas ya saben que el arte no es producto del instinto primario, ni tampoco una graciosa inspiración viajera en un portentoso rayo de luz.



Las células nerviosas forman una delicada central de recepciones psíquicas. Entre ellas existen nexos finísimos. Hoy día esas neuronas se analizan mediante sencillos aparatos electrónicos. Es posible someterlas a presiones y estímulos de diversa índole. Se han registrado sus "gritos" y lamentos, sus tremendas sacudidas y muchos de sus rumores vivos. Pero los detalles del funcionamiento de la psiquis escapan a la percepción exacta del investigador. Los analistas de la mente humana han sentado ciertas conclusiones de corrección posible. Dicen que una sensación subjetiva de cansancio impide que los individuos desarrollen normalmente sus tareas. Parece ser que el cerebro consume la quinta parte del oxígeno que es utilizado por todo el organismo humano.

El profesor Guido Picotte, del Instituto de Medicina de la Universidad de Padua ha llevado a cabo un interesante estudio sobre las causas que motivan la fatiga mental.

En términos generales, se decía que la intoxicación del líquido cerebroespinal era el motivo del cansancio de la mente. Tal vez, el problema tiene sus raíces. Sin embargo, hasta hoy día, no se han fijado con exactitud los procesos químicos que originan esa disminución del rendimiento intelectual. Las redomas y alambiques de los laboratorios son de constitución elemental, comparados con los extraños cambios que se producen en nuestro sistema nervioso.

Neurólogos y bioquímicos se han unido en la investigación. Cuando un individuo ha realizado un trabajo mental intenso y prolongado, acusa rasgos de fatiga, y su labor se hace lenta, siendo frecuentes los errores. Si en un momento se libera del trabajo y se le ofrece una distracción, los síntomas desaparecen, los estados depresivos son aventados con suma facilidad. ¿Por qué razón el simple cambio de trabajo es suficiente para eliminar la fatiga?

Esa pregunta, tan sencilla en apariencia, no puede ser contestada de manera científica. La psicología moderna expresa que la fatiga es una sensación individual, una experiencia subjetiva. Durante el trabajo mental aumenta la temperatura y se disparan resortes de esas neuronas, que señalan un punto de finísimo engaste de la materia y el espíritu. Dice el Dr. Guido Picotte que las más recientes investigaciones de bioquímica han comenzado a encontrar datos sobre las sustancias y variaciones químicas que acompañan a la actividad cerebral.

Los misterios de la mente humana, por ser tan inmediatos al observador, se recubren de nubes compactas. Conocer al hombre es tarea compleja. ¿Qué reacciones se producen en nuestro encéfalo? ¿Qué toxinas navegan por nuestra sangre? La Fuente de Juvencia, real y mitológica, todavía oculta el prodigio de su nacimiento y de sus posibles torrenteras de euforia.



La palabra "soldado" tiene una vinculación directa con "sueldo", dinero que se recibe por un servicio determinado. Con el tiempo, en virtud de una profundidad del sentimiento patriótico y nacional, los combatientes mercenarios casi dejaron de existir. Y el hombre fue "soldado" por convencimiento y necesidad.

Entre los hombres que fueron inscritos en las filas del ejército, está el sargento York, a quien sus compatriotas dieron el título de "hombre-ejército".

Durante la Primera Guerra Mundial, este soldado luchó contra los alemanes en el bosque de Argone. Obtuvo su fama porque sin ninguna ayuda y armado sólo de un fusil norteamericano corriente, con una pistola automática dio muerte a veinticinco alemanes. Dicen que silenció 35 ametralladoras y que tomó prisioneros a 132 soldados, entre los cuales se contaban tres oficiales.

El Congreso le concedió la Medalla de Honor. Pero de ahí que el héroe, al poco tiempo sintióse aquejado de varias dolencias. El inaudito esfuerzo nervioso había minado su fortaleza. El sargento York conoció las salas de clínicas y hospitales. Sus reflejos acusaron la mordedura de los excesos de valor.

El vivir heroico ha tenido diferentes orientaciones. La ciencia actual ha modificado viejos conceptos. Se habla de actividades científicas heroicas. Entre los griegos, los héroes fueron una especie de divinidades. Se distinguían por su valor. Luchaban contra los hombres y contra sí mismos. Este segundo aspecto de la lucha era esencial, el más complicado. Homero dice que tales seres de excepción lo eran porque reunían dos virtudes: la espiritual y la del cuerpo. En la primera tenían su sitio de honor la serenidad, la intrepidez y la perspicacia. Y en la segunda se destacaban la belleza, el vigor y la salud.

Fácil es comprender que un tipo heroico, así concebido, sólo puede darse en los hipotéticos recintos de la divinidad. Ahora, los héroes tienen sus limitaciones. No pueden soslayar el impacto de las enfermedades. Su humanidad se desmorona con lentitud, con inexorable seguridad.

Algunos pacifistas dicen que la bélica aventura de aquel sargento, recientemente fallecido, no tuvo trascendencia para la humanidad. Valen, sin

embargo, su decisión, ese afán de vencer y de conservar la vida. Acaso en el valor no hay un miedo cerval?

Las generaciones venideras dirán la última palabra.



Walter Langdford Meyer es un yanqui andariego. Recorre casi todos los países de Latinoamérica al estilo de un trovador medieval. Viaja sin patrocinio alguno. Canta y recita sus propias composiciones. Siguiendo los esquemas sociales de los primitivos artistas errantes, vive de la cordial colaboración económica de su público.

Sabido es que el juglar brotó como una exigencia de la época. Las veladas interminables reclamaban la presencia del artista que supiera tañer los instrumentos, que recitase la realidad de unas acciones épicas y la eterna sinrazón de unos amores altísimos, más allá de las tristezas de un vivir sobresaltado.

Pero esos juglares se vieron desbordados por los trovadores, hombres que habían aprendido las complicadas reglas de la versificación maestra, poetas cultores de un lirismo incipiente, cuajado de bellas metáforas, no obstante.

El trovador venía de lejos. Cuando en Francia, en España y Alemania se oyó resonar su voz, los cielos se llenaron de suaves presentimientos. El lenguaje, más trabajado, encontró la clave de sus posibles delgadeces. Las doncellas sentían rondar por sus fibras la voz que es como una caricia, que difumina los amores entre paramentos indirectos, entre finas alusiones.

Recordemos la estampa que cierra una de sus presentaciones. Comienza el espectáculo. El público escucha sus romances predilectos. Y se apresta a colmar de bienes al juglar. Unas alforjas revientan de trigo, un odrecillo encierra el vino de oloroso y pobres lagares. Cuando la noche congrega a la gente en círculos estrechos, el juglar recita disputas, da rienda suelta a sus ironías, que algún labriego sabrá contestar.

La historia literaria ha recogido los nombres de algunos juglares y trovadores. Su vida se proyecta hacia nosotros con la rudeza de unas centurias de formación lingüística.

Saludamos en Langdford Meyer al nuevo tipo de trovadores, tanto tiempo arrumbados en las páginas de la historia. Su aventura tiene una dimensión de humanismo inteligente y cordial.



Entre los papeles de un historiador se ha descubierto un poema inédito del poeta inglés del siglo XVIII, William Wordsworth.

Un estudiante curioso ha sido el campeón del hallazgo, complicando así la tarea de los críticos, porque ahora tendrán que estudiar esos 113 versos jamás publicados.

Este poeta fue un cantor de la naturaleza y de los tiernos afectos del hogar. Perteneció al grupo de los "lakistas", a una especie de sectas romántica, muy dada a visitar las riberas lacustres y a sentir la emoción que suscitan las aguas en reposo y en alborotada tristeza.

Los lagos ejercen una presión emotiva de gran intensidad. Abundan los rapsodas que, a la vera de un remanso líquido, no pueden dominar el caudal de sus lágrimas. Y comienzan a sollozar, como si quisieran aumentar el natural torbellino de las represas y fuentes, de los ríos y de los lagos dulzones.

Wordsworth era un alma sensible, sencilla, con frecuentes arrebatos religiosos. Sus poemas son un canto estremecido de quejumbrosas emociones. El agua fue su disparadero emocional. Pronto sabremos el contenido de esos versos que, durante muchos años, han dormitado en los anaqueles de una biblioteca.

Otros "lakistas" hubo en Inglaterra. Por ejemplo, Coleridge y Southey. Sus libros de versos son un llamado de atención. Parecen decirnos: "Cuidado con esos lagos, porque a su vera no tendréis más remedio que llorar sin consuelo".